

Max Weber y el cesarismo: fuentes y contexto de la problemática.

Andrés Jiménez Colodrero

(Universidad de Buenos Aires)

1. Introducción

Indagar sobre el cesarismo en Weber requiere, como condición previa, decir una palabra sobre el «cesarismo» a secas e intentar reconstruir la percepción contemporánea del concepto y su constelación semántica. Para la época en que el término se incorpora al *corpus* weberiano su linaje no exhibe los pergaminos milenarios que sí posee el personaje que le dio origen, ya que se remonta a 1850: a la fraseología del escritor francés Auguste Romieu y su librito *L'ère des Césars*, donde reivindica una época de «fuerza» —la «importancia militar»— producto de la crisis del legitimismo europeo, generada por el ascenso de la burguesía, la acción corrosiva de la Ilustración y el avance del socialismo. El panfleto no deja dudas sobre los paralelismos históricos, al afirmar que:

«La sociedad europea se encuentra ubicada en ciertas condiciones históricas muy similares a las que caracterizaron la época que vio surgir a los césares» (Romieu, 1850, pp. 5, 6).¹

Un testigo insobornable de la época también nos recuerda que —a la par que el basamento militar— hay otros ingredientes esenciales del cesarismo, como son «un origen ciertamente demagógico y un regusto vagamente socialista» que la acción de Napoleón III —ese «sucesor en el más puro estilo del gran Julio»— habría podido combinar (Bamberger, 1895, p. 334). Este apoyo popular o base «democrática» del régimen se torna en sentido común ya en 1863 en el contexto francés, como testimonia una entrada —breve pero incisiva— del muy difundido diccionario de Littré, donde define al cesarismo como la «dominación...de príncipes llevados al gobierno por la democracia pero revestidos de un poder absoluto» (Littré, 1873, p. 534). Sin embargo, esa dominancia personal reconoce rasgos específicos que la diferencian tanto de la monarquía absoluta tradicional como de su versión constitucional, en ese entonces todavía vigente en Europa, ya que se tiene plena conciencia

¹ Pero no solo ella: Romieu sorprende al tratar dos casos latinoamericanos —Paraguay (el «Dr. Francia») y el Río de la Plata (el «general Rosas») — justificando su análisis en una casuística modélica, de forma enteramente similar a como pudiera haberlo hecho, por caso, un Maquiavelo o un Montesquieu: «Nunca se ha manifestado mejor el cesarismo como producto natural de las grandes dificultades, que como consecuencia de la necesidad de paz y tranquilidad en los pueblos que han perdido la fe en sus instituciones y en sus dinastías» (Romieu, 1850, pp. 186-187).

de su déficit de legitimidad: la *forma* monárquica plantea una cierta paradoja, como señala Romieu, ya que el cesarismo tiende sin cesar hacia «la fundación monárquica, sin consumarla jamás». La explicación de esta incongruencia no carece de interés, en la medida en que se afirma que lo que mueva a las monarquías es la «fe» y su correlato la «herencia» dinástica; ambos elementos están ausentes en el cesarismo cuyo movimiento es más bien generado por la «fuerza» y por la «autoridad», las que le dan —hay que insistir— una *paradójica* autonomía y durabilidad (Romieu, 1850, p. 194).

Estas modulaciones del concepto reconocen variaciones adicionales a partir de los diferentes contextos nacionales, ya sea a) allí donde el moderno «cesarismo» se ha originado o b) allí donde ha tenido que afincarse, adaptativamente. En el primer caso su suelo nutricional ha sido el francés, donde la obra del segundo Napoleón ha logrado que «cesarismo» y «bonapartismo» se solapen gradualmente en el uso del lenguaje (Baehr, 2008, p. 37). Ejemplo de tal práctica es el importante capítulo que Robert Michels dedicara a «La ideología bonapartista» en su obra de 1911 y donde utiliza indistintamente ambos términos al marcar —siempre críticamente— el rasgo distintivo del «bonapartismo» francés: su pretensión de ser simplemente el fiel ejecutor de la voluntad popular, dentro de esta insólita «síntesis de democracia y autocracia [*Selbstherrschaft*]» (Michels, 1911, p. 206).² En el segundo caso y dentro de las versiones «exóticas» del cesarismo europeo, Michels se refiere también a la variante finisecular de dicha síntesis en el contexto italiano, donde —por ejemplo— ya desde las filas del propio *Partito Radicale Italiano* se ensayaba legitimar lo «democrático» de la monarquía italiana por su uso de mecanismos *plebiscitarios* durante el proceso histórico de unificación nacional. Esta postura fue rebatida, en medio de fuertes polémicas, por medio de argumentos que señalaban las conocidas limitaciones de dichos procedimientos para ser verdaderas e *ilimitadas* expresiones de la soberanía popular, capaces de transformar e incluso de generar legislación, instituciones, etc. (Rensi, 1902, pp. 7, 261-262).³ Por último y acerca de la otra variante no originaria del cesarismo como fue el caso alemán, la aguda crítica de Ludwig Bamberger recuerda que —desde la óptica de un *Achtundvierziger*— junto a la impostura democrática («demagogia») y al «coqueteo con la

² En una nota que por desgracia no ha sido traducida en la edición al castellano, Michels cita una observación de las «Memorias» del Príncipe zu Hohenlohe-Schillingsfürst, anterior embajador alemán en París (1874-1885), que no por episódica es menos demostrativa de lo idiosincrático de la combinación en la cultura política francesa. Refiriendo a la opinión de un interlocutor, el diplomático informa: «El bonapartista sería el único gobierno en Francia con perspectivas a futuro. El francés sería [a la vez] *démocrate* y *autoritaire*. Esto habría sido posible solo por la acción del Imperio» (Hohenlohe-Schillingsfürst, 1906, p. 126, en francés en el original).

³ En este sentido, la vecindad de Italia con Suiza constituiría un cierto *handicap*, ya que habría brindado testimonios de primera mano sobre el democratismo cantonal helvético (Giuseppe Rensi estuvo exiliado cerca de diez años en el cantón de Ticino y construye su crítica a la pretensión democrática del régimen ciertamente en base a esa experiencia de vida).

cuestión social» se percibe la larga sombra del «prusianismo», quien se erige como salvador frente a la amenaza del proclamado «espectro rojo» [*rote Gespenst*]. La hegemonía de Prusia, su militarismo y su minimización del parlamentarismo de la nación, son las fuentes que reaniman al viejo legitimismo guiado teóricamente por los «Stahl, Leo y Gerlach», es decir, por los doctrinarios del conservadurismo prusiano, cuya tribuna de opinión era la «Nueva Gaceta Prusiana» [*Kreuzzeitung*] (Bamberger, 1895, p. 334). Estas críticas, fiel reflejo del sentir en los ámbitos socialistas, no vislumbran el carácter dual — revolucionario y conservador a la vez— que detentaba la versión bismarckiana del cesarismo alemán donde, por caso, la propia creación del Reich puede ser vista como el «acto de una revolución desde arriba [*von oben*]», que diera por tierra con el legitimismo tradicional —ya socavado desde el '48— e instaurara una legitimidad de nuevo cuño (Stürmer, 1977, p. 113). Tampoco perciben lo difundido en la Europa de la época de esta «estructura política compartida» que sería el cesarismo o «bonapartismo», ya predicable de personajes tan disímiles como Disraeli o Cavour, amén del propio Bismarck (Gollwitzer, 1952, pp. 66-67). Tomado en su sistematicidad, el cesarismo bismarckiano se mueve entre los extremos que caracterizaron al «tipo alemán de monarquía constitucional» en el marco de —en una formulación famosa— una «solución de compromiso»: combinación de «monarquía hereditaria, burocracia estatal y parlamento con sistema de partidos», anomalía europea que no por ello deja de configurar un «constitucionalismo monárquico» (Stürmer, 1977, p. 115; Schlegelmilch, 2009, pp. 26 ss.).⁴

Este variopinto panorama internacional a la par que los antecedentes doctrinarios de la constelación semántica del «cesarismo» debían ser, ciertamente, bien conocidos por Weber, esencialmente por dos razones: a) por su contemporaneidad a los hechos —ya fueran apreciados de forma directa (bismarckismo) o mediada (bonapartismo), como memoria viva de su contexto— y, b) por la vasta erudición del personaje, que impacta inexcusablemente a cualquiera que toma contacto con su obra. Esta particular configuración teórico-práctica del sabio puede entenderse también enfocando en la delgada línea que separa los escritos publicísticos y los propiamente sistemáticos, es decir, los programas de

⁴ Las críticas del socialismo, en especial el reproche a la continuidad absolutismo-cesarismo/bonapartismo, son hijas de la visión originaria de los padres de comunismo respecto a la configuración del Estado bismarckiano: Marx y Engels habrían experimentado cierto desconcierto frente a la combinación de rasgos anacrónicos y modernos en esta formación social. Existe, sin embargo, cierta oscilación entre la tesis general de la «continuidad» —como en la famosa referencia a un «despotismo militar», burocrático y policíaco, «ribeteado de formas parlamentarias...» de la *Crítica del Programa de Gotha* (Marx, 1973, p. 30)— y la ocasional percepción del carácter ya rupturista de la empresa estatal bismarckiana —referencia engelsiana a la impronta «revolucionaria» de dicha tarea en el artículo inacabado (1895-1896) *El rol de la violencia en la Historia* (Engels, 1975, p. 433)— como recuerda Perry Anderson en su consagrado análisis de los resultados tardíos del absolutismo alemán (Anderson, 1996, p. 281).

investigación científica y los intentos de intervención en la esfera pública. Como muestra de la complejidad de los dispositivos auxiliares del análisis weberiano, puede tomarse nota de su empeño comparativo de los modelos inglés y norteamericano en el contexto de las influencias, muy significativas, de los clásicos trabajos de Moisei Ostrogorski y James Bryce.⁵ En especial en el primero, ya que refiriéndose a las transformaciones del característico liderazgo parlamentario inglés, Ostrogorski afirma:

«Elevados por sobre la aplanada multitud de los M. P., los líderes se apoyan directamente en la gran masa de los votantes, cuyos sentimientos de *loyalty* van ahora sin dilaciones hacia los jefes por sobre las cabezas de los parlamentarios...Así, incluso los “canales intermedios” de los que hablaba Montesquieu son apartados o suprimidos para abrir la puerta a una suerte de cesarismo popular, del cual el gran jefe del partido se encuentra investido. Sin duda, las personalidades “magnéticas” al más alto grado de Gladstone o de Lord Beaconsfield han podido contribuir a establecer esta supremacía cesarista de los líderes» (Ostrogorski, 1903, p. 571, en inglés en el original).

2. Los antecedentes del «cesarismo».

Indagar sobre los precedentes de «cesarismo» requiere, en primer término, poner la mirada sobre los tratamientos *historiográficos* al personaje en cuestión. Es sabido que el siglo XIX mostró un verdadero renacimiento tanto del interés como de la valoración sobre la figura de Julio César, en especial debido a la inmensa influencia que ejerció la historia romana de Theodor Mommsen (1854), así como también las lecciones sobre historia universal de Jakob Burckhardt o —ya en los años ‘20— la reseña historiográfica de Friedrich Gundolf. Cabe preguntarse si existieron antecedentes a estas consideraciones y, en especial, bajo qué óptica hubiera sido posible un rescate de la figura cesariana.

Para evitar la posibilidad de una «contaminación» ideológica propia del contexto alemán — desde Hegel siempre ya sospechoso de enaltecer la acción de los «grandes hombres de la Historia»— conviene observar ahora la dinámica historiográfica y política del ámbito británico, ya que su pretendida autonomía con respecto al pensamiento «continental» ofrecería un buen terreno para la búsqueda de evidencias.

En el panorama británico del siglo XVIII se problematizaba sobre la suerte de la republica romana —su decadencia y caída— en estricta analogía con la situación política

⁵ Son las verdaderas bases de sustentación de la modelización que puede encontrarse en la conferencia «La política como vocación» (1919) y en el largo artículo «Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada» (1918).

contemporánea bajo los reyes hannoverianos (Turner, 1986, p. 579).⁶ Diversos factores trabajaban al unísono para producir una pérdida de libertad, según los críticos de la oposición «nacional» al «partido de la corte»: la alianza entre una oligarquía senatorial y una clase comercial de inmensa riqueza (el orden ecuestre) era la lente desde la cual se analizaba la crisis de la república romana y su pretendida actualización en la monarquía inglesa. Si se debatía sobre el impacto corrosivo del lujo en la sociedad y en la política (ya denunciado por Montesquieu), para los partidarios de la corte no cabían dudas sobre el responsable del colapso del orden aristocrático romano: Julio César. César formaba parte del repertorio de figuras —Catilina, Pompeyo, Octavio— que habrían conspirado decididamente contra la libertad republicana y que ha hecho pesar su recuerdo sobre el presente, ya que los historiadores hannoverianos no se han privado de asimilar su carácter y desmedida ambición a la de sus enemigos políticos, los pretendientes de la depuesta dinastía Stuart (Turner, 1986, p. 581).

Así las cosas, ¿de qué manera podría pensarse un rescate de la figura de César, es decir, una valoración positiva del mismo? Ciertamente desde alguna de las obras de los historiadores de la oposición (el partido «de la nación»), hoy injustamente olvidadas, pero donde se marca un cambio de tendencia en la consideración a César:⁷ al enfocar en la necesaria pero nunca concretada «reforma agraria» y en la defensa de sus partidarios (los Gracos), se afirmaba que la pérdida de libertad de la República fue más bien producida por la clase senatorial, por su inconmensurable riqueza en bienes y tierras, que reprodujo en el plano político todas y cada una de las desigualdades que la hacían predominante en lo económico-social (Turner, 1986, p. 583). En este contexto, César es presentado como un gobernante moderado que careció de aspiraciones monárquicas y donde su título de *Dictator perpetuus* solo habría significado poseer el poder y la legitimación suficientes para intervenir en la cuestión —políticamente dañina— de la distribución asimétrica de la propiedad agraria. De esta forma y al combatir a la vez a los verdaderos opresores del pueblo romano (la aristocracia senatorial), César habría podido restaurar en Roma la homeostasis social, base de una república con vigencia de la libertad. Para reforzar la profunda influencia que tuvo la política británica de la época sobre esta interpretación historiográfica, hay que recordar que a partir de 1750 se hace oír con fuerza una crítica

⁶ El importante trabajo de Frank M. Turner traza un panorama preciso y abarcador sobre la influencia que la ruina del régimen republicano romano ha tenido en la investigación histórica británica desde el siglo XVIII en adelante, en especial la forma en que el paralelo entre Roma y Gran Bretaña ha moldeado la *propia* interpretación de los sucesos de la crisis del fin de la República. Por ello se han seguido aquí de cerca sus desarrollos.

⁷ Turner se refiere específicamente a la importante historia romana (4 vols., 1738-71) del historiador católico Nathaniel Hooke.

doméstica tanto al crecimiento como a la plutocracia del Parlamento —lugar donde nobleza y riqueza iban de la mano— visión que se difunde también en las colonias americanas. Esta acusación de corrupción gubernamental y de particularismo parlamentario genera también una radicalización en los opositores del momento, en la forma de una apelación directa al «pueblo» —especialmente al pueblo bajo («populacho»)— cuyo modelo no podía ser otro que el cesariano. Se configura así una percepción del cesarismo certera en lo esencial —su carácter «plebiscitario» o «populista», por así decir— que anticipará en cerca de un siglo las versiones más caracterizadas del siglo XIX. Pero para entender los *topoi* del siglo venidero, también hay que entender el profundo cambio de enfoque que se produce entre ambos períodos: el siglo XVIII enfatizó los valores republicanos y la pérdida de libertad, ya sea desde el punto de vista del esquema más tradicional de una monarquía parlamentaria con tintes oligárquicos tanto como desde el del reclamo antiplutocrático y de participación de los «de abajo»; ambas posturas —aristocrática y democrática— tenían cabida, *mutatis mutandis*, en el amplio espectro del modelo republicano clásico al que se reclamaban. Pero el siglo XIX trajo consigo una preocupación muy diferente, en la cual se hace patente el problema del «orden» en estricta correlación con cierta decepción sobre la eficacia política de los sistemas liberal-democráticos, todo lo cual conduce a ver con ojos menos críticos el fracaso final del régimen republicano romano (Turner, 1986, p. 589). Ciertamente esta visión impregnó en general la óptica de los historiadores de la época victoriana y preparó el camino para la celebración exultante de la figura de Julio César y del cesarismo.

Dos factores pueden ayudar a entender dicha apoteosis: en primer lugar, como se ha dicho, la gran influencia de la historia de Roma de Theodor Mommsen (1854 ss.) —cuya traducción al inglés se ofreció entre 1862 y 1867— influencia que sin duda se magnificó gracias a algunas de las líneas de interpretación mencionadas anteriormente, que funcionaron como fermento de esta nueva imagen cesariana.⁸ Cabe insistir sobre el trasfondo de dicha representación: las dudas sobre el funcionamiento político de la república romana, tal como expresa sintéticamente en 1834 Wilhelm Drumann, un autor que pesó en la formación del joven Mommsen:

«La historia romana pone en evidencia que las formas republicanas no se adaptan perdurablemente a los hombres tal como son, a menos que haya existido entre ellos una moralidad [*Sitten*] sencilla e intachable a lo largo de cierto tiempo» (Drumann, 1899, p. IV).

⁸ En especial por la sorprendente coincidencia con algunos análisis de Hooke, v. g. el rol antiaristocrático de César, sus intentos de reforma económica y su vocación popular.

En segundo lugar, otro factor ha sido la identificación deliberada con César que ejerció Napoleón y que activó *políticamente* la imagen del personaje, siempre con visos polémicos. Al desbaratar a un Directorio corrupto e ineficiente, reorganizar jurídica y administrativamente al país así como expandir bélicamente sus fronteras, Napoleón se ubicaba —a los ojos de sus contemporáneos— ciertamente en las huellas cesarianas, paralelismo que fue explicitado por varios de sus contemporáneos (desde, por ejemplo, Thomas De Quincey y Victor Duruy hasta la evidente biografía de César que escribiera el propio Napoleón III en 1865).

Como uno de los fermentos más importantes de la reevaluación cesariana, cabe recordar que en la historiografía británica del siglo XIX ciertamente se destaca la extensa obra de Charles Merivale (7 volúmenes, 1850-64), cuyo tratamiento de Julio César va a dejar su impronta (aunque su texto hoy ciertamente no sea recordado).⁹ En principio porque se hacen presentes elementos ya mencionados: por un lado, el característico rechazo hacia la oligarquía terrateniente que es vista como la causa de todos los males que aquejaron a Roma y, por otro lado, la celebración del rol de los Gracos como reformadores sociales en pos de la autonomía económica de los ciudadanos menos favorecidos. Pero a diferencia de Hooke, por ejemplo, Merivale no se priva de resaltar ahora *también* el papel del sector comercial (el orden ecuestre), verdadera clase media industrial y virtuosa que espeja —en el análisis— la importancia y el dinamismo de la clase media victoriana de su propia época (Turner, 1986, p. 590). Su relevancia no es solo económica o social, ya que al rechazar tanto el liderazgo aristocrático como el plebeyo urbano, los caballeros se habrían ubicado en la posición de reclamar un árbitro —Julio César— que ordenara esta suerte de «empate hegemónico» no resuelto por las luchas anteriores, ni las de Mario ni las de Sila. De esta forma, opina Merivale, el curso de los acontecimientos se encargaría de mostrar el rol fundamental de este actor político en «la conversión de la república a una forma monárquica de gobierno» (Merivale, 1864a, p. 51). Pero Merivale sorprende al definir precisamente a esa monarquía como mixturada con elementos *democráticos*, en sus palabras:

«Fue la primera e incipiente concepción de una monarquía democrática [*popular monarchy*], esa quimera de filósofos y juristas que ha sido frecuentemente vislumbrada en la teoría, pero nunca realizada cabalmente en la práctica (Merivale, 1864b, p. 407).

⁹ Tanto en Merivale como en Drumann se trata de textos extensos (siete o más volúmenes), enciclopédicos y de alta factura; su poca vigencia desde el punto de vista técnico se debe a que han sido redactados únicamente en base a las fuentes literarias, sin concurso de la epigrafía o la numismática, disciplinas incipientes que serían puestas a punto recién a partir de mitad del siglo precisamente por la enérgica acción de Mommsen, entre otros (Thompson, 1958, p. 495).

Sorprendente como puede sonar el concepto tiene, sin embargo, una resonancia clásica que el historiador británico no se priva de recordar en lo que sigue de la cita: esta combinación entre «despotismo» y «libertad» remite a las célebres palabras —*principatus ac libertas* (*Agrícola* 3.1)— con las que Publio Cornelio Tácito saluda el advenimiento de Nerva a la dignidad imperial, luego del fin del ignominioso Domiciano (Tácito, 1988, p. 41). Pero a renglón seguido, Merivale se deslinda del elitismo senatorial de Tácito al señalar que dicha combinación sólo pudo ser «un expediente temporario, favorecido por una fuerte reacción popular ante un período de anarquía y sufrimiento», coyuntura que solo se repetiría, en su opinión, en los principados de Augusto y del ya citado Nerva (Merivale, 1864b, p. 407). El aspecto «democrático» de César va codo a codo con el rasgo «social» que permea buena parte de su acción legislativa, ya que habría ideado un programa de reforma social integral, algo que sin duda proyecta retrospectivamente la incipiente preocupación del siglo XIX por la futura «cuestión social». Esta caracterización «bienestarista» del cesarismo no es, para Merivale, un elemento de segundo orden sino piedra basal de su interpretación y así ha sido percibido por la historiografía del siglo XX. Friedrich Gundolf, por ejemplo, lo ha expresado inmejorablemente como sigue:

«Para él [Merivale] César es el “más grande nombre de la Historia” pero no por la vastedad de sus victorias ni por su prodigioso ingenio, ni siquiera por la fundación de una monarquía de inspiración divina, sino más bien por la superlativa utilidad y acción bienhechora de su trabajo [*Arbeit*]...pasan con ello al primer plano los valores [*Werte*] sociales del hombre de Estado» (Gundolf, 1926, p. 36).

Es interesante preguntarse por las resonancias contemporáneas que podría tener un retrato de este tipo, en especial en un país que no había sufrido una revolución social, como era el caso de Inglaterra. El contexto inglés trasluce una cierta aprehensión acerca de conflictos vigentes, que no podrían subestimarse:¹⁰ la resistencia a las *Corn Laws* junto al accionar del cartismo activaban la crisis en los sectores terrateniente e industrial, respectivamente y el desencadenamiento de la guerra de Crimea en 1854 solo pudo empeorar las cosas. Como suele suceder, la incertidumbre avivó el reclamo generalizado por un liderazgo político fuerte, que pudiera garantizar «orden» interno y externo. En este sentido, podría decirse que si el texto de Merivale prepara el terreno para la aceptación de la imagen apoteótica del Julio César mommseniano, también lo hace bajo la influencia del contexto de crisis: hay afectación recíproca entre texto y contexto. No se tardaría mucho —hacia el final del siglo— en pensar ese «orden» en la forma paradójica del llamado «imperialismo social», donde una

¹⁰ El país ya había dado muestras de poder generar revueltas de gran magnitud, aparentemente de la nada, como en el caso de los *Gordon Riots* en junio de 1780, que duraron cerca de una semana con un saldo de 700 víctimas por la represión gubernamental.

figura como César encarnaría la —aparentemente contradictoria— combinación entre el deseo de seguridad militar de la expansión imperial británica *con* las iniciativas de una reforma social racional que extendiera tanto el bienestar como la participación política al conjunto de la sociedad.¹¹ La posibilidad de esa combinatoria es lo que había convertido a César en un «verdadero estadista» [*real Stateman*] (Turner, 1986, pp. 592, 594).

Las evidencias presentadas hasta aquí valen solo como *muestra* del «renacimiento» cesariano de la segunda mitad del siglo XIX, tomando como ejemplo a un único país. Cabría preguntarse cuánto de lo referido pudo haber sido conocido, directa o indirectamente, por Max Weber o cuál podría haber sido el juego de influencias (¿cruzadas?) entre estas fuentes. El propio Merivale reconoce haber hecho un uso intensivo de la obra de Drumann (Merivale, 1864a, p. vii) y éste habría también influido en Mommsen.¹² Pero en lo que respecta a la fórmula tan original del historiador inglés de una «monarquía democrática» cesariana, no es tan seguro el alcance de su influencia en el continente: ciertamente fue el *primero* en postular una asociación entre ambos términos y así lo ha reconocido la investigación especializada (Wucher, 1956, p. 115). La traducción alemana de Merivale es tardía (1866) en relación a los tres primeros volúmenes de la historia romana de Mommsen, que se publicaron entre 1854 y 1856, y así podría descartarse cualquier ascendiente —reconocido o no— de uno sobre el otro. Pero decir esto no agota, por supuesto, todas las posibilidades: hay que recordar que Mommsen era un anglófilo consumado y podría ciertamente haber tenido noticias de la obra original en inglés, hecho del que no se tiene hoy constancia documental (Wiedemann, 1997, pp. 80-81).

3. La importancia del antecedente mommseniano.

Como se ha anticipado, hay cierta certeza sobre el ascendiente que la historia romana de Mommsen ha tenido en Weber. Impactó tempranamente —ya a los catorce años, si hay que dar crédito al relato de Marianne Weber (cit. en Baehr, 2004, p. 171)— y definió también un rasgo característico alemán, difundido en la segunda mitad del siglo XIX: la antipatía por Cicerón (Baehr, 2008, p. 79). En una carta de juventud Weber define mejor ese rechazo: la

¹¹ Como César, por ejemplo, había extendido la ciudadanía a todos los habitantes de los pueblos conquistados por Roma.

¹² En torno a un elemento característico, dado que el enaltecimiento de César implicó una correspondiente degradación —tanto de la estatura moral como de la acción política— de uno de sus más renombrados antagonistas: Cicerón. Se ha sugerido que Drumann fue un antecedente *general* inspirador de dicha crítica (Gooch, 1913, p. 457) como también, por el contrario, que éste se habría limitado a atacar al Arpinate esencialmente por el divorcio entre su «vida» y sus «escritos», siendo la censura hacia el Cicerón *político* una completa creación del propio Mommsen (Fueter, 1911, p. 556).

distancia entre «retórica» y «realidad» que expondría el proceder ciceroniano, lo que podría interpretarse como una suerte de queja dirigida a la política alemana de su contexto y que anticiparía también su futura crítica al carácter «testimonial» de muchos partidos políticos alemanes y su correlativa «impotencia» parlamentaria (Radkau, 2012, p. 135). Esta «orientación al poder» de la cultura del realismo político alemán ha sido descrita en términos muy precisos por Ernst Troeltsch:¹³

«El pensamiento político alemán posee una extraña dualidad, evidente para cualquier visitante: por un lado, pululan los vestigios del Romanticismo y de un intelectualismo sublime; por el otro, un realismo rayano en el cinismo e incluso en una completa indiferencia hacia todo ideal y toda moral. A resultas de lo cual se termina por favorecer la insólita mezcla de ambos elementos, esto es: brutalizar al Romanticismo e idealizar el cinismo» (Troeltsch, 1922, p. 495).

Si bien Weber es fiel reflejo de esta caracterización, hay que sumar a lo anterior algunos vectores biográficos, que no pueden sino ser más que una combinación sinérgica para fortalecer el vínculo entre ambos hombres y consolidar la influencia de uno sobre otro: ambos comparten una formación jurídica inicial que después derivaría hacia otros intereses, por su parte Weber ha asistido a las clases impartidas por Mommsen y posteriormente defendería su *Dissertation* (sobre las *Handelsgesellschaften*) frente al ilustre historiador, a partir de lo cual se entabló una firme relación de trabajo e intercambio intelectual, no exenta de polémicas.¹⁴ Si bien Mommsen pudo haber albergado la esperanza que Weber fuera algo así como su sucesor —debido a la brillantez de sus primeros trabajos sobre las sociedades comerciales medievales y sobre la historia agraria romana— puede decir con justicia un experto que «si bien Weber no fue un “discípulo de Mommsen”, éste aparecía como una autoridad virtualmente absoluta, al menos en casi todas las cuestiones que tuvieran que ver con la historia romana y el derecho público romano» (Deininger, 2005, p. 260). Si se revisa su tesis de habilitación publicada en 1891 —«Historia agraria romana» (*Die römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats und Privatrecht*)— la gran mayoría de las abundantes menciones a Mommsen son de coincidencia, con muy poca o

¹³ La expresión «orientación al poder» proviene de Reinhard Bendix que la atribuye como diferencia específica al liberalismo alemán decimonónico, donde su máximo exponente sería precisamente Mommsen con su crudo realismo, verdadero «desencanto» frente a la herencia romántica e idealista clásica anterior (Bendix, 1998, p. 32). La referencia a Troeltsch se encuentra también allí (se ha retraducido la cita).

¹⁴ En último lugar pero no menos importante figura el hecho (¡sorprendente!) de que en 1896 Weber ingresa a la extensa familia Mommsen, ya que en esa fecha contrae enlace su hermana Klara (1875-1953) con Ernst Mommsen (1863-1930), hijo del historiador y médico de profesión. Antes de ello hay que mencionar la amistad que ya unía a Weber con Karl Mommsen (1861-1922), compañero de estudios jurídicos.

ninguna polémica (Weber, 2008, *passim*).¹⁵ La creciente divergencia en encuadres de investigación —debido a la decidida inclinación de Weber hacia el lado de la *Nationalökonomie*— no fue obstáculo para que en ocasión del fallecimiento del gran historiador en 1903 Weber se refiriera a él como «el más grande sobre la tierra en el ámbito intelectual», expresión de la cual no puede dudarse ni su sinceridad ni su convicción (Deininger, 2005, p. 262).

Si lo anterior puede llegar a ser (en algún sentido) convincente, cabe preguntarse ahora por el *contenido* de la influencia de marras: ¿en qué términos se presenta el Julio César de Mommsen? Si se analiza la *Römische Geschichte* (= *RG*) parece evidente que la apoteosis cesariana que se observa sobre todo en el capítulo once del tercer volumen, es estrictamente correlativa con la renuncia a continuar el trabajo enfocando la época imperial, todo ello a la luz de cierto desinterés característico de la historiografía alemana del momento por ese período: Mommsen no escribió la continuación de su *Römische Geschichte* (vols. I-II-III, 1854-1856) y el cuarto volumen, aparecido en 1885 y numerado como quinto, que sí se ubica en la época del imperio —a pesar del engañoso título de algunas ediciones (*Das Weltreich der Caesaren*)— versa sobre las provincias y su administración (*Die Provinzen von Caesar bis Diocletian*).

Ahora bien, ¿por qué César y su obra son caracterizados de manera superlativa? Por un lado, César encarna un ideal superior de ser humano que combina, desarrollándolos al máximo, diferentes aspectos de la personalidad individual: «si bien fue un *gentleman*, un genio y un monarca, no careció sin embargo de un buen corazón» (Mommsen, 2002, p. 462).¹⁶ Por ello, a la distinción e inteligencia, creatividad y capacidad de mando tanto político como militar, se le suma una perceptiva sensibilidad, virtud que tendrá importantes efectos políticos (la famosa *clementia* cesariana).¹⁷

Sobre el lúgubre panorama que Mommsen traza de la etapa final de la República, destellan de forma apoteótica tanto la personalidad de César como sus logros, a los cuales no hay figura opositora que logre opacar: ni el liderazgo de Pompeyo, ni la fuerza moral de un Cicerón o la potencia militar de un Vercingétorix (Christ, 1991, p. 25). Por otro lado, el peso indudable de las preocupaciones políticas de Mommsen lo lleva a ver a César como el

¹⁵ En alguna referencia aislada Weber tiene la irreprochable actitud de reconocer la desinteligencia con su maestro y explayarse en la cuestión, con gran objetividad; cfr. la larga nota al subtítulo «Importancia agraria del *ius coloniae*» (Weber, 2008, pp. 83-84).

¹⁶ *Gentleman*: en inglés en el original.

¹⁷ Existe toda una constelación semántica en torno a la *clementia* (*lenitas*, *venia*, *misericordia*) en el caso cesariano, ya que se trata de un verdadero tópico de la investigación historiográfica (Christ, 1991, p. 24).

epítome del estadista: «sólo un verdadero estadista pudo surgir de tal estado de cosas. Ya desde su juventud César fue un hombre de Estado en el más profundo sentido del término» (Mommsen, 2002, 464). Pero esta figura política persigue un ideal: el de la instauración de una comunidad política libre bajo un gobierno monocrático; esto y no otra cosa es lo verdaderamente importante cuando se pondera la ambición cesariana por el trono, que Mommsen acepta y resemantiza así —como se ha dicho— de forma «democrática». Algunas referencias del texto son gráficas:

«[César] fue un monarca; pero jamás actuó como un rey...jamás concibió la impostura de la tiranía...se mantiene democrático aun como monarca...su monarquía está lejos de ser contradictoria con la democracia, más bien es su realización y consumación. De esta forma dicha monarquía no tiene nada en común con el despotismo oriental por gracia divina, sino que es la monarquía tal como la que Cayo Graco quiso establecer, tal como la que Pericles y Cromwell fundaron: la representación de la nación a través de su más alto y soberano hombre de confianza [*Vertrauensmann*]» (Mommsen, 2002, pp. 466, 476).

Mommsen defiende a esta monocracia democrática cesariana de ser una premonición de los regímenes autocráticos modernos, y lo hace retomando la distinción —a pesar de su realismo, típica del Romanticismo— entre «organismo» y «máquina»:¹⁸ así como el más pequeño organismo tiene mayor entidad que la maquinaria más complicada, de la misma forma la defectuosa pero *libertaria* constitución romana supera en todo al absolutismo más sofisticado y ello porque el organismo posee «vida» y puede, por tanto, autodesarrollarse (Mommsen, 2002, p. 477). Pero, amén de lo anterior, ¿cómo se libra en realidad Mommsen de las innumerables acusaciones de *cesarismo* que suscitó la publicación del tercer volumen de la *RG*?¹⁹ Podría recurrirse al preciso juicio de un «historiador de historiadores», quien expresa que el endiosamiento de Julio César tiene límites concretos: Mommsen no estaría implicando ninguna superioridad objetiva de la «monarquía militar» cesariana por sobre el dominio aristocrático tradicional romano; más bien lo que intenciona es mostrar cómo la acción de César puso en evidencia la incapacidad de la vieja constitución senatorial para hacer frente a la administración de un imperio en expansión y con ello actualiza —en el mismo movimiento— la vieja idea de que ninguna forma política puede subsistir si deja de

¹⁸ Mommsen ofrece aquí una resemantización del clásico dualismo romántico entre «cálculo» (*Berechnung*) y «vida» (*Leben*), cuya conciencia histórica parte de la constatación de que «en todas las épocas la vida ha requerido la intervención configuradora de la razón, hoy esa demanda es consciente, exclusiva y deviene en axioma científico; pero la propia vida clama por más desde sus ocultas fuentes y reclama encomio y reverencia» (Schnabel, 1948, p. 132).

¹⁹ Los intercambios epistolares, primero, y las reseñas, después, dan cuenta del descalabro producido por el retrato cesariano de Mommsen (Wucher, 1956, p. 123; Gollwitzer, 1952, pp. 23 ss.).

cumplir el fin para el que ha sido creada (Fueter, 1911, p. 551). Una vez más, entonces, el realismo del historiador *como historiador* —sin *parti pris* doctrinario— gana la partida. Pero el propio Mommsen se ocupa de poner las cosas en su sitio, esta vez de forma taxativa, en una adenda a la edición de 1857 de la *RG*, donde arremete contra el *topos* malinterpretado de la *historia magistra vitae*: toda reactualización de la figura de César es fútil y la empresa del moderno cesarismo equivocada en la medida en que no sólo hay que distinguir entre el personaje —¡celebrado!— y la forma política, sino sobre todo porque la propia coyuntura que le dio origen ha sido única e irrepetible. Pretender aplicar *miméticamente* la enseñanza histórica al presente es no entender lo único que la Historia puede enseñarnos: el movimiento de sus fuerzas con el fin de crear realidades nuevas e independientes. El remate del gran maestro no tiene desperdicio:

«Por ello es la historia de César y del cesarismo romano —por la inalcanzable grandeza del maestro artesano, por toda la necesidad histórica de su obra— en verdad la más aguda crítica a la moderna autocracia que haya podido escribir la mano del hombre» (cit. en Wucher, 1956, p. 125).

Siguiendo el planteo de Karl Christ, podría sintetizarse el núcleo de la caracterización mommseniana de la siguiente forma (Christ, 1991, p. 26): en primer lugar, César ha sido el único «genio creador» que ha dado la historia romana. En segundo lugar y como ya se ha dicho, fue un «estadista en el más profundo sentido del término» y este rasgo predominó en todos los órdenes de su actividad. En tercer lugar, puede afirmarse que orientó su carrera política hacia un objetivo primordial, en palabras de Mommsen: «...la regeneración política, militar, cultural y moral de su propia y decaída patria, junto a la de la aún más decadente pero profundamente hermanada nación helénica»; tarea a la que se dedicó con pasión arquitectónica, de cuyo diseño no podrían tomarse con sentido actos aislados (Mommsen, 2002, pp. 461, 464).

Se hacía alusión antes a las «preocupaciones políticas» del genial historiador noralemán, en razón de que todo este retablo histórico que él pinta puede considerarse —sin exagerar— como una especie de «apropiación política del pasado». Si esto es correcto, en este contexto debe mencionarse en primer lugar su militancia en pro de la unidad alemana que lo lleva — como expresa Ines Stahlmann — a «indagar fenómenos tales como la nación y el estado nacional de un modo suprahistórico y atemporal» (Stahlmann, 1988, p. 39). De una manera quizás errónea (como tal ha sido criticada en la historiografía contemporánea) Mommsen construye una historia de Roma como historia de la unidad italiana de los pueblos de la península: la figura y la obra de César son presentadas idealizadamente como la culminación de ese proceso. Podría hablarse aquí, incluso, de parte del historiador de una *identificación* con el objeto: el «idealizado» defensor de la causa de la unidad

nacional que es César encarna lo que Mommsen hubiera deseado para la propia patria (Wucher, 1956, pp. 70, 112, 115). Sin duda puede apreciarse cómo la caracterización heroica del César de Mommsen va de la mano con la amplitud de las tareas políticas del presente del historiador (unificación nacional, combinación de *principatus ac libertas*, etc.) e, incluso, cómo es estrictamente correlativa a esta.

Bibliografía

- Anderson, P. (1996) *El Estado Absolutista*, México: Siglo XXI.
- Baehr, P. (2004) «Max Weber and the Avatars of Caesarism» en Baehr, P. y Richter, M. (eds.) *Dictatorship in History and Theory*, Cambridge: CUP.
- Baehr, P. (2008) *Caesarism, charisma and fate: historical sources and modern resonances in the work of Max Weber*, New Brunswick: Transaction Publishers.
- Bamberger, L. (1895) *Politische Schriften von 1848 bis 1868*, Berlin: Rosenbaum und Hart.
- Bendix, R. (1998) *Max Weber: An Intellectual Portrait*, London: Routledge.
- Christ, K. (1991) «Zum deutschen Caesarbild des 20. Jahrhunderts» en Christ, K. y Gabba, E. (eds.), *Römische Geschichte und Zeitgeschichte in der deutschen und italienischen Altertumswissenschaft während des 19. und 20. Jahrhunderts. I – Caesar und Augustus*, Como: Edizioni New Press.
- Deininger, J. (2005) «Zweierlei Geschichte des Altertums: Max Weber und Theodor Mommsen» en Demandt, A., Goltz, A. y Schlange-Schöningen, H. (eds.) *Theodor Mommsen. Wissenschaft und Politik im 19. Jahrhundert*, Berlin: Walter de Gruyter.
- Drumann, W. (1899) *Geschichte Roms in seinem Übergange von der republikanischen zur monarchischen Verfassung*, Berlin: Borntraeger.
- Engels, Fr. (1975) «Die Rolle der Gewalt in der Geschichte» en *Marx/Engels Werke*, vol. 21, Berlin: Dietz Verlag, pp. 405-461.
- Fueter, E. (1911) *Geschichte der neueren Historiographie*, Berlin: Oldenbourg.
- Gollwitzer, H. (1952) «Der Cäsarismus Napoleons III. im Widerhall der öffentlichen Meinung Deutschlands» en *Historische Zeitschrift*, vol. 173, tomo 1, pp. 23-75.
- Gooch, G. P. (1913) *History and Historians in the 19th Century*, London: Longmans.
- Gundolf, Fr. (1926) *Caesar im neunzehnten Jahrhundert*, Berlin: Georg Bondi.
- Hohenlohe-Schillingsfürst, A. zu (1906) *Denkwürdigkeiten* vol. II, Stuttgart und Leipzig: Deutsche Verlag Anstalt.
- Ladendorf, O. (1906) *Historisches Schlagwörterbuch*, Berlin: Trübner.
- Littre, É. (1873) *Dictionnaire de la Langue Française* vol. I, Paris: Hachette.
- Marx, K. (1973) «Kritik des Gothaer Programms» en *Marx/Engels Werke*, vol. 19, Berlin: Dietz Verlag, pp. 13-32.
- Merivale, Ch. (1864a) *History of the Romans under the Empire* vol. I, London: Longman & Green.
- Merivale, Ch. (1864b) *History of the Romans under the Empire* vol. II, London: Longman & Green.

- Michels, R. (1911) *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie: Untersuchungen über die oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens*, Leipzig: Klinkhardt.
- Mommsen, Th. (2002) *Römische Geschichte* vol. III, en *GESCHICHTE DES ALTERTUMS*, Berlin: Directmedia Publishing (edición electrónica c/base en la edición Weidmann: Berlin, 1922 ss.).
- Ostrogorski, M. (1903) *La Démocratie et l'organisation des partis politiques*, vol. 1, Paris: Calmann-Lévy.
- Radkau, J. (2012) *Max Weber. La pasión del pensamiento*, México: FCE.
- Rensi, G. (1902) *Gli «anciens régimes» e la democrazia diretta*, Bellinzona: Colombi.
- Romieu, A. (1850) *L'ère des Césars*, Paris: Ledoyen.
- Schlegelmilch, A. (2009) *Die Alternative des monarchischen Konstitutionalismus. Eine Neuinterpretation der deutschen und österreichischen Verfassungsgeschichte des 19. Jahrhunderts*, Bonn: Dietz.
- Schnabel, F. (1948) *Deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert* vol. I, Freiburg: Herder.
- Stahlmann, I. (1988) *Imperator Caesar Augustus. Studien zur Geschichte des Principatsverständnisses in der deutschen Altertumswissenschaft bis 1945*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Stürmer, M. (1977) «Krise, Konflikt, Entscheidung. Die Suche nach dem neuen Cäsar als europäisches Verfassungsproblem» en *Beihefte der Francia*, vol. 6, pp. 102-118.
- Swedberg, R. y Agevall, O. (2016) *The Max Weber Dictionary*, Stanford: SUP.
- Tacito, P. C. (1988) *Tutte le Opere*, Florencia: Sansoni.
- Thompson, J. W. (1958) *A History of Historical Writing* vol. II, New York: MacMillan.
- Troeltsch, E. (1922) «Naturrecht und Humanität in der Weltpolitik» en *Weltwirtschaftliches Archiv*, vol. 18, pp. 485-501.
- Turner, F. (1986) «British politics and the demise of the Roman Republic: 1700-1939» en *The Historical Journal*, 29, 3, pp. 577-599.
- Weber, M. (2008) *Historia Agraria Romana*, Madrid: Akal.
- Wiedemann, Th. (1997) «Mommsen, Denmark and England» en *Histos I*, pp. 73-81.
- Wucher, A. (1956) *Theodor Mommsen. Geschichtschreibung und Politik*, Gotinga, Berlin y Frankfurt: Musterschmidt, 1956.